Cuadernos

Historia 16

250 PTAS



La Europa de 1848

Julio Gil Pecharromán

95

Cuadernos
Historia 16

Plan de la Obra

1. La Segunda República Española • 2. La Palestina de Jesús • 3. El Califato de Córdoba • 4. El Siglo de Oro, 1 • 5. El Siglo de Oro, 2 • 6. Faraones y pirámides • 7. La Castilla del Cid • 8. La Revolución Industrial • 9. Felipe II • 10. La medicina en la Antigüedad • 11. Los Reyes Católicos • 12. La mujer medieval • 13. La Revolución Francesa, 1 • 14. La Revolución Francesa, 2 • 15. La Revolución Francesa, 3 • 16. El Egipto de Ramsés II • 17. La invasión árabe de España • 18. Los Mayas • 19. Carlos V • 20. La guerra de la Independencia, 1 • La guerra de la Independencia, 2 • 22. La Hispania romana • 23. Vida cotidiana en la Edad Media • 24. El Renacimiento • 25. La Revolución Rusa • 26. Los fenicios • 27. La Mezquita de Córdoba • 28. La Reforma en Europa • 29. Napoleón Bonaparte, 1 • 30. Napoleón Bonaparte, 2 • 31. Los iberos • 32. Recaredo y su época • 33. Los campesinos del siglo XVI • 34. La Inglaterra victoriana • 35. El Neolítico • 36. Los Aztecas • 37. La Inglaterra isabelina • 38. La II Guerra Mundial, 1 • 39. La II Guerra Mundial, 2 • 40. La II Guerra Mundial, 3 • 41. Tartessos • 42. Los campesinos medievales • 43. Enrique VIII • 44. La España de José Bonaparte • 45. Altamira • 46. La Unión Europea • 47. Los reinos de taifas • 48. La Inquisición en España • 49 Vida cotidiana en Roma, 1 • 50. Vida cotidiana en Roma, 2 • 51. La España de Franco • 52. Los Incas • 53. Los comuneros • 54. La España de Isabel II • 55. Ampurias • 56. Los almorávides • 57. Los viajes de Colón • 58. El cristianismo en Roma • 59. Los pronunciamientos • 60. Carlomagno, 1 • 61. Carlomagno, 2 • 62. La Florencia de los Médicis • 63. La Primera República Española • 64. Los sacerdotes egipcios • 65. Los almohades • 66. La Mesta • 67. La España de Primo de Rivera • 68. Pericles y su época • 69. El cisma de Aviñón • 70. El Reino nazarita • 71. La España de Carlos III • 72. El Egipto ptolemaico • 73. Alfonso XIII y su época • 74. La flota de Indias • 75. La Alhambra • 76. La Rusia de Pedro el Grande • 77. Mérida • 78. Los Templarios • 79. Velázquez • 80. La ruta de la seda • 81. La España de Alfonso X el Sabio • 82. La Rusia de Catalina II • 83. Los virreinatos americanos • 84. La agricultura romana • 85. La Generación del 98 • 86. El fin del mundo comunista • 87. El Camino de Santiago • 88. Descubrimientos y descubridores • 89. Los asirios • 90. La Guerra Civil española • 91. La Hansa • 92. Ciencia musulmana en España • 93. Luis XIV y su época • 94. Mitos y ritos en Grecia • 95. La Europa de 1848 • 96. La guerra de los Treinta Años • 97. Los moriscos • 98. La Inglaterra de Cromwell • 99. La expulsión de los judíos • 100. La revolución informática.

Rufino González, 23 bis
28037 Madrid. Tel. 304 65 75

ISBN: 84-7679-286-7 (Fascículos)
ISBN: 84-7679-287-5 (Obra completa)
Depósito legal: M-15067-1997

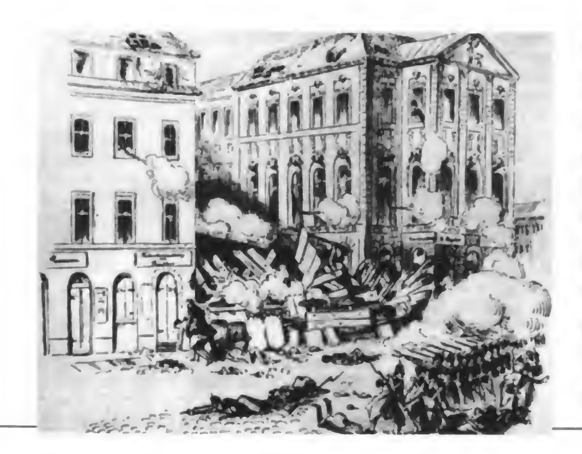
Distribución en quioscos: SGEL
Suscripciones: Historia 16. Calle Rufino González, 23 bis
28037 Madrid. Tel. 304 65 75

Fotocomposición y fotomecánica: Amoretti S.F., S.L.
Impresión: Graficinco, S.A.
Encuadernación: Mavicam
Printed in Spain - Impreso en España

Precio para Canarias, Ceuta y Melilla: 275 ptas., sin IVA, incluidos gastos de transporte.

Historia 16

Indice



En portada, combate entre tropas sublevadas y la Guardia Real en París durante la revolucion de 1848 (Biblioteca Nacional, París). Izquierda, tropas gubernamentales atacan una barricada revolucionaria cerca de Alexanderplatz de Berlín, el 18 de marzo de 1848



Luis Felipe de Orleans, rey de Francia, junto con tres de sus hijos (detalle de un cuadro de H. Vernet, Museo de Versalles)

La revolución de 1848

Julio Gil Pecharromán
Profesor titular de Historia Contemporánea. UNED

De los tres grandes ciclos de revoluciones liberales europeas del siglo XIX —los de 1820-23, 1830-32 y 1848-49— fue este último el de mayor alcance y trascendencia. En cierto modo, los dos primeros sirvieron como ensayos generales de la operación de acoso y derribo del sistema europeo de la Restauración. Quizá por ello, a los revolucionarios del 48 les bastaron unas pocas semanas para extender la insurrección por el Continente, haciendo caer tronos antaño bien firmes, modificando radicalmente las relaciones sociales y políticas y humillando el poder de unas clases privilegiadas que llevaban tres décadas temiendo la *némesis* revolucionaria. Sobre las ruinas del viejo orden, las clases emergidas con el nacimiento de las sociedades industriales, desarrollaron durante casi dos años programas y estrategias, y asumieron responsabilidades de gobierno que hasta entonces les habían estado vedadas en casi todas partes. La *primavera de los pueblos* de 1848, un episodio singular de la historia europea, fue tan breve como violento y parcialmente fracasado, pero tuvo la virtud de conmover los cimientos de la vieja Europa y de hacerla entrar definitivamente en la edad contemporánea.

Aunque este movimiento revolucionario hunde sus raíces mucho tiempo atrás, y contiene ecos del racionalismo volteriano, del espíritu jacobino, del romanticismo carbonario; aunque los grupos sociales y los intereses implicados en su desarrollo poseen unas trayectorias complejas y actúan amparados por programas y modelos doctrinales lentamente madurados, es posible apreciar unas causas inmediatas, una situación prerrevolucionaria que se ciñe al bienio 1846-47. Un período turbulento, en el que se producen tres fenómenos continentales de gran importancia en el estallido del año 48: una grave crisis económica y social, una agudización del descontento político y una alteración del equilibrio internacional.

El fin de la prosperidad

La década anterior a la crisis de 1847 fue un período de desarrollo económico en gran parte de Europa, en el que avanzaron los procesos de industrialización en Francia, Alemania y otros países, y se aceleró el proceso de urbanización y de consolidación de nuevos grupos sociales. El proletariado que alteró bruscamente este panorama, poseía, según la mayoría de los autores, un doble carácter que potenció y generalizó sus efectos. De un lado, una crisis de tipo antiguo, correspondiente a un modelo económico pre o proto-industrial y que afectó a la agricultura y al textil. De otro, una crisis moderna, de naturaleza financiera, pero que perjudicó al conjunto de la estructura industrial europea.

La crisis agrícola se desató en 1845. Brotó con enorme virulencia en Irlanda, donde la enfermedad de la patata diezmó a la población. En años sucesivos —hasta 1849 en algunos casos— las malas cosechas generalizadas desabastecieron el mercado y dispararon los precios. En el campo, las prolongaciones hambrunas, que debilitaron las defensas de la población, permitieron que las enfermedades infecciosas causaran estragos, mientras la escasez de alimentos empujaba a los campesinos hacia las ciudades. En éstas, generalmente mejor abastecidas, el paro industrial y las fuertes subidas de precios situaban en límites de hambre la capacidad adquisitiva de los obreros y mermaban la calidad de vida de la clase media. En la primavera de 1847, se produjo un rosario de *motines de subsistencias* en las Islas Británicas, en Bélgica, en Renania, en el Norte de Italia, Galitzia y algunas ciudades industriales de Francia. La población de

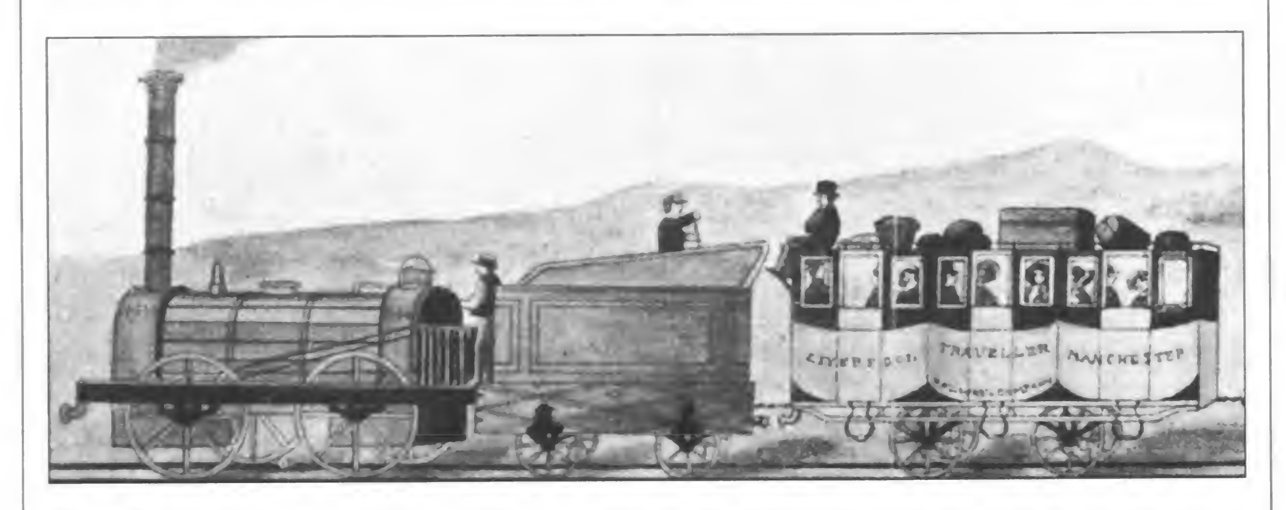
estas regiones, hambrienta y empobrecida por la acción de los especuladores, era especialmente sensible a la protesta social.

El deterioro del sistema europeo

La crisis financiera e industrial de 1847 tuvo su origen en la especulación desatada desde comienzos de la década en torno a los negocios ferroviarios. El desvío masivo de fondos para la compra de alimentos a partir de 1846 acarreó falta de liquidez y restricción del crédito, lo que paralizó los proyectos de construcción de ferrocarriles. Perdida su rentabilidad, las acciones de las compañías cayeron en picado, produciendo derrumbamientos de las Bolsas y la ruina de miles de pequeños y medianos inversores. La industria metalúrgica, orientada a abastecer el mercado ferroviario, se vio inmeditamente afectada, y con ella la minería. En los meses previos a la revolución, quiebras de empresas, pánicos bancarios y desempleo masivo componen un cuadro que ayuda a explicar el rápido derrumbamiento del orden establecido.

El descontento político generalizado, tan patente en las jornadas revolucionarias, tenía su origen en el malestar social y económico, pero también en la reiterada frustración de las iniciativas democratizadoras intentadas por la opinión liberal europea y en la persistencia de los conceptos ideológicos establecidos por el romanticismo de corte progresista. El régimen constitucional, la libertad de opinión y de asociación, el sufragio universal masculino, la supresión del orden feudal y la emancipación del campesinado, etcétera, conforman un cuerpo común de ideas fácilmente apreciable en las primeras etapas de todos los movimientos revolucionarios del 48. En casi todas partes, el componente nacionalista del liberalismo añade un motivo más para combatir las pervivencias del Antiguo Régimen. En Italia, en Alemania, en Polonia, en Hungría, nacionalismo y liberalismo suelen ser conceptos inseparables. Incluso en Francia, Estado nacional, los liberales se moverán imbuidos de una suerte de tutelaje moral sobre los pueblos que buscan su realización como nacionalidades.

Coincidiendo con la crisis económica y la efervescencia política y social, la situación internacional se complicó a partir de 1846. Desde comienzos de la década anterior, el viejo sistema de la Santa Alianza había sido sustituido por la rivalidad de dos bloques de potencias que, sin embargo, habían garantizado cierta continuidad al equilibrio continental. De un lado, la *entente* anglo-francesa, formada en torno a la cuestión de la independencia belga, dio paso en 1834 a la Cuádruple Alianza, integrada por los Gobiernos liberales de Francia, Gran Bretaña, España y Portugal. Del otro, las potencias absolutistas, Austria, Prusia y Rusia, mantenían el esquema defensivo establecido por el Congreso de Viena.



Pero en el seno de ambos bloques persistían abundantes recelos, provocados por la disparidad de intereses de las grandes potencias. La *entente cordiale* establecida entre Londres y París comenzó a tambalearse a partir de 1840, a causa del diferente criterio de ambos Gobiernos en el apoyo a los liberales *moderados* y *progresistas* españoles, y sobre los matrimonios de la jo-

ven reina Isabel II y de su hermana. En el otro bloque, la política panalemana de Prusia, que desde 1828 trabajaba en la construcción de un sistema económico común, el *Zollverein,* alarmaba a los gobernantes vieneses, que veían disminuir la influencia de Austria sobre los restantes miembros de la Confederación Germánica.

El *Sonderbund*

Entre 1846 y 1848, la política europea sufrió una paulatina desarticulación, en la que no sólo jugaban los intereses concretos de los países, sino la presión de una opinión pública cada vez más presente en el escenario político de cada Estado. La anexión por Austria de la pequeña República de Cracovia —el último bastión de las libertades polacas— en noviembre de 1846, indignó a los liberales de toda Europa y provocó la protesta del Gabinete británico. En cambio, el Gobierno de Luis Felipe procuró mantenerse al margen, iniciando con ello un acercamiento a Austria, interesada en poner barreras al expansionismo prusiano, que parecía preludiar el definitivo final del sistema de bloques ideológicos.



Arriba, Isabel II de Borbón, reina de España, en vísperas de su boda. Izquierda, uno de los primeros ferrocarriles que circularon en Inglaterra

Pero el acontecimiento que forzó a una abierta toma de postura a los protagonistas de la inminente oleada revolucionaria fue la breve guerra civil suiza de 1847. Tras la rivalidad entre los liberales radicales y los conservadores legitimistas, se ocultaba un conflicto entre los cantones de mayoría protestante y los de mayoría católica y entre las oligarquías que habían gobernado tradicionalmente la Confederación y las fuerzas sociales emergentes. A partir de 1830, los liberales habían presionado con irregular éxito para sustituir los gobiernos de las minorías aristocráticas en los cantones por regímenes constitucionales. Los conservadores católicos defendían el modelo confederal vigente, que garantizaba una amplia independencia cantonal, mientras que la opinión protestante era mayoritariamente partidaria de una mayor centralización y de una profundización del sistema liberal que había convertido a Suiza en refugio de toda suerte de exiliados y en centro de actividad de varios movimientos nacionalistas europeos.

La apertura de colegios jesuitas en el cantón católico de Lucerna, en 1844, desató la protesta de los radicales, que consideraban a los miembros de la Compañía de Jesús agentes del Papa y de la Santa Alianza. El conflicto religioso polarizó las tendencias políticas. En diciembre de 1845, los siete cantones católicos crearon una liga, el *Sonderbund,* destinada a defender la autonomía que les garantizaba el Pacto Federal de 1815. Las presiones de los radicales para expulsar a los jesuitas y dotar a Suiza de un régimen constitucional común fueron en aumento. Finalmente, en noviembre de 1847, estalló la guerra civil. El ejército de la Dieta federal ocupó en menos de un mes los cantones católicos y disolvió el *Sonderbund.* El triunfo de los liberales abría así el camino al establecimiento de un régimen constitucional para todo el país.

Las repercusiones internacionales de la crisis helvética fueron grandes. Los liberales y los socialistas europeos se identificaron abiertamente con la causa del partido radical y celebraron su victoria como propia. En Francia, Guizot suministró secretamente armas a los conservadores suizos, pero luego, asustado por el posible alcance del conflicto, intentó promover con Metternich una mediación conjunta de las grandes potencias. Por el contrario, el

Gabinete británico mostraba sus preferencias por los radicales y obstaculizó la intervención extranjera. Austria, que aparecía como la principal valedora de los conservadores helvéticos, se vio forzada a una inoperancia que mermó su prestigio y estimuló los anhelos nacionalistas de sus minorías. También tuvo la crisis repercusiones en Italia, donde los mazzinianos redoblaron su propaganda antijesuítica y antiaustriaca y abandonaron su reticente apoyo a las medidas reformistas iniciadas por Pío IX en los Estados Pontificios.

Aunque no fue el primero en estallar —se le adelantó en casi un mes el Reino de las Dos Sicilias— el movimiento antiorleanista desencadenado en la capital de Francia a finales de febrero de 1848 abrió el camino, como sucediera dieciocho años antes, a los levantamientos populares que se sucedieron en las semanas siguientes en otros lugares de Europa.



La marea revolucionaria

Los gobernantes franceses, comenzando por el propio Luis Felipe, parecían ajenos al abismo que se abría cada vez más entre el *país real* y el *país legal*. La fórmula de consenso social y político, sobre la que se había apoyado la Monarquía de Julio en sus primeros tiempos, no había resistido los envites de la crisis económica y la corrupción política de un régimen que se identificaba crecientemente con los intereses de la alta burguesía y de la burocracia estatal. El giro conservador impuesto a la Monarquía por las pretensiones legitimistas de Luis Felipe y el dogmatismo de su primer ministro, Guizot, no sólo era rechazado por los liberales radicales, cada vez más proclives al republicanismo, y por los socialistas. La propia oposición moderada, el antiguo *partido del movimiento* de Thiers, terminó sumándose a las críticas de la izquierda contra el mal gobierno interior y las connivencias gubernamentales tenidas con las potencias absolutistas. Las escandalosas elecciones de 1846, en las que el poder utilizó todos los resortes a su alcance para lograr un Parlamento oficialista, provocaron la exigencia unánime de la oposición de reformas políticas que garantizasen mejor la pureza del sufragio, ampliasen el reducidísimo cuerpo electoral —de unos 250.000 votantes— e imposibilitaran la presentación como candidatos de funcionarios obedientes al Gobierno.

A partir de aquella primavera de 1847, la Prensa opositora se hizo eco de una serie de escándalos financieros que afectaban a la clase política gobernante. Republicanos y orleanistas moderados decidieron unir sus fuerzas y a partir del mes de julio iniciaron una campaña de banquetes políticos con el fin de sensibilizar a la opinión pública en favor de las reformas.

Al principio, las autoridades no dieron mucha importancia a aquellos actos de protesta, que el propio monarca calificaba de *banquetes de ternera fría*. Pero la repercusión que sus denuncias lograban en la opinión, ampliada por periódicos opositores como el moderado *Le National* o el radical *La Rèforme,* acabó por alarmar a Guizot, que decidió ponerles fin. Cuando se anunció, el 21 de febrero de 1848, la celebración de un ágape político en el conflictivo Distrito XII parisino, el Gobierno lo prohibió. La oposición parlamentaria, poco segura de sus fuerzas, se plegó a la orden y los promo-



Izquierda, **François Guizot, jefe del gabinete ministerial de Luis Felipe (grabado, Biblioteca Nacional, París).**
Arriba, **combates callejeros en París, durante la revolución de 1848 (grabado, Biblioteca Nacional, París)**

tores desconvocaron el acto. Pero éste había sido ampliamente difundido y en la mañana del día 22, grupos de estudiantes y obreros, irritados por la prohibición, comenzaron a levantar barricadas en las calles.

Cuando las autoridades se decidieron a reprimir el brote de rebeldía, la Guardia Nacional, compuesta fundamentalmente por miembros de la pequeña burguesía y considerada uno de los baluartes del orleanismo, se negó a combatir a sus conciudadanos al grito de *¡Vivan las reformas!* Luis Felipe, sorprendido por los acontecimientos, quiso salvarse sacrificando a su principal colaborador. Llamado a palacio, Guizot presentó su dimisión el día 23, ante el júbilo de los diputados de la oposición y del pueblo parisino.

Pero si los moderados creían haber salvado la Monarquía, pronto se vieron superados por los acontecimientos. Cuando esa noche la multitud celebraba la caída del odiado Guizot, en el bulevar de los Capuchinos una salva de disparos procedentes de las tropas que custodiaban el Ministerio de Asuntos Exteriores mató a una veintena de manifestantes. La noticia corrió como la pólvora y el improvisado y emotivo sepelio de las víctimas fue el prólogo a la auténtica revolución. Los trabajadores asaltaron los cuarteles para armarse, ante la pasividad de la Guardia Nacional. El conde de Mole, que iba a suceder a Guizot, renunció al encargo. De madrugada, Thiers aceptó hacerse cargo del Gobierno y se ordenó al mariscal Bugeaud restaurar el orden.

Durante la mañana del 24 de febrero se sucedieron los combates ante las barricadas, pero pronto se vio que los sublevados llevaban la mejor parte. Thiers tiró la toalla y el rey, que había presenciado el amotinamiento de sus tropas en las proximidades de las Tullerías, se resignó a abdicar en su nieto, un niño de diez años. Después, partió hacia el exilio en Gran Bretaña.

Nada podía detener ya a los revolucionarios. Tras saquear el palacio real, la multitud invadió el Parlamento, donde la duquesa de Orleans se disponía a asumir la regencia en nombre de su hijo. El poeta Alphonse de Lamartine, hombre de talante moderado y cuya oratoria le había erigido en líder popular, se convirtió entonces en la fi-

gura que intentó encarrilar la revolución. Los diputados procedieron a crear un Gobierno provisional. Luego se dirigieron al Ayuntamiento, donde se había formado otro de inspiración popular, y desde un balcón, Lamartine proclamó la República ante el alborozado pueblo parisino. Finalmente, se constituyó un Gobierno provisional de concentración republicana. Entre sus miembros se encontraban el propio Lamartine, verdadero *hombre fuerte* del nuevo régimen, y otros liberales moderados como Armand Marrast, el orleanista Crémieux y Dupont d'Eure, designado presidente del Gobierno, los radicales Alexandre Ledru-Rollin y



Ferdinand Flocon y los socialistas Louis Blanc y Albert.

Desaparecidas las instituciones de la Monarquía en el alud revolucionario, el Gobierno republicano se vio obligado a improvisar un nuevo ordenamiento mediante una febril producción de decretos, en tanto, delegados gubernativos implantaban, sin grandes resistencias, la nueva legalidad en provincias. Las primeras medidas de los republicanos poseían un indudable talante democratizador y apuntaban al logro de la *República social* que demandaba la izquierda. Se convocaron elecciones por sufragio universal a una Asamblea Constituyente; se decretó la total libertad de prensa y de asociación así como la abolición de la pena de muerte por delitos políticos y de la esclavitud en las colonias; se suprimió la pena de cárcel por deudas, hasta entonces un auténtico azote para las clases populares.

La Segunda República francesa

La presencia en el Gabinete de un teórico socialista como Blanc se manifestó en algunas iniciativas sociales, destinadas a aliviar la miseria y el paro reinante entre los trabajadores afectados por la crisis, pero que provocaron un fuerte rechazo en la burguesía. Tras una declaración de principios, el 25 de febrero, por la que el Gobierno se comprometía a garantizar el derecho al trabajo, se procedió a limitar la jornada laboral a 10 u 11 horas, y el día 28 se creó la Comisión Nacional del Trabajo, en la que bajo la presidencia de Blanc, los representantes de patronos y obreros discutirían las condiciones laborales y orientarían la política gubernamental en la materia.

Pero la principal iniciativa en este campo fue la creación de los *Talleres Nacionales,* destinados a dar trabajo por cuenta del Estado a los trabajadores en paro. Los Talleres, mal planificados desde el principio, sirvieron para poco. A cambio de un salario mínimo, los obreros eran destinados a la reparación de caminos o a la construcción de fosos en las fortificaciones de la capital. Pero pronto hubo más de 150.000 inscritos y no había trabajo para todos, por lo que el salario se convirtió en muchos casos en una simple subvención estatal, con gran escándalo de la opinión liberal.

Con la revolución, cambió el clima político y social de Francia. Las medidas democratizadoras permitieron la aparición de gran número de clubes políticos y de centenares de periódicos populares, la mayoría de ideología exaltada. Las primeras semanas fueron de optimismo revolucionario, cuyos ecos alcanzaron hasta el último rincón de Europa.

Pero eran muchos los que temían que el proceso siguiera los cauces del de 1789. Los gobernantes republicanos carecían de experiencia como gestores públicos y no ofrecían garantías a la burguesía orleanista. Con la revolu-

ción, la situación económica se deterioró aún más. Miles de ahorradores se apresuraron a retirar sus depósitos de los bancos y el papel moneda perdió valor para unos tenedores que desconfiaban ahora de la garantía del Estado. La súbita demanda de dinero metálico condujo a un pánico bancario y el franco y los valores bursátiles descendieron bruscamente. La quiebra de empresas aumentó el número de parados, que acudían en busca de subsidio a los Talleres Nacionales. Estos se convirtieron pronto en una carga económica insostenible para la Hacienda pública.

El desencanto prendió en las masas parisinas con idéntica rapidez que el entusiasmo en las jornadas de febrero. El 17 de marzo y el 16 de abril, los clubes obreros convocaron grandes manifestaciones en la capital, en apoyo de Blanc y en demanda de un mayor protagonismo de las clases populares en las decisiones políticas. El 17 de abril, el ministro del Interior, el radical Ledru-Rollin, ordenó a la Guardia Nacional cargar contra los manifestantes. Con ello se abría un abismo, que no haría sino engrandecerse, entre la pequeña burguesía democrática y el proletariado industrial, las fuerzas cuya conjunción había posibilitado el triunfo de la revolución.



***Izquierda*, Adolphe Thiers (grabado de *La Ilustración Española y Americana*. *Arriba*, Louis Blanc (grabado, Biblioteca Nacional, París)**

Las elecciones a la Asamblea Constituyente se celebraron el 23 de abril, pese a las presiones en favor de retrasarlas de la izquierda republicana, que apenas había tenido tiempo para prepararse. Tenían derecho al voto casi diez millones de ciudadanos varones, en contraste con los poco más de 200.000 electores censitarios de la Monarquía orleanista. Ello suponía depositar el futuro político del país en manos del campesinado, que representaba el grueso del cuerpo electoral. París, sus clases medias y su proletariado habían lanzado la revolución. Pero su institucionalización dependía de una población rural socialmente conservadora y un tanto ajena a las inquietudes reformistas de los demócratas. Animados por los terratenientes y por los curas de aldea, los campesinos dieron su voto a los candidatos de la derecha. La Asamblea Constituyente poseía una abrumadora mayoría de diputados moderados, muchos de ellos neorrepublicanos, fieles a Lamartine y a los hombres de *Le National*. En la izquierda, los radicales tuvieron que conformarse con algo más del 10 por 100 de los escaños, mientras que los representantes de la izquierda obrera quedaban excluidos de la Cámara. La derecha monárquica obtenía casi la cuarta parte de las actas, pero se encontraba dividida en tres tendencias: legitimistas borbónicos, orleanistas y bonapartistas. La inmensa mayoría de los 850 diputados procedía de las filas de la burguesía, con predominio de abogados y propietarios; tan sólo 24 parlamentarios eran obreros manuales.

Constituida la Asamblea y proclamada formalmente la República el 4 de mayo, el Gobierno provisional dimitió y fue sustituido por una Comisión Ejecutiva de cinco miembros, que representaba la proporcionalidad de las tendencias republicanas: cuatro de ellos —Lamartine, Arago, Ganier-Pagès y Marie— procedían del moderantismo de *Le National* y sólo Ledru-Rollin, que se había ganado el aplauso de la burguesía con su actuación del 17 de abril, representaba el espíritu democrático de *La Rèforme*.

La extrema izquierda había sido



marginada, pero sus representantes no se resignaban a perder el protagonismo revolucionario. El 15 de mayo, los clubes socialistas radicales, cuyo líder era Louis Auguste Blanqui, convocaron una manifestación con la excusa de exigir a la Asamblea el apoyo a los nacionalistas polacos. Desde la Bastilla, los manifestantes se dirigieron al Palais Bourbon, sede del Parlamento, e intentaron repetir la maniobra del 24 de febrero: declararon disuelta la Asamblea y proclamaron un Gobierno provisional. Lamartine y Ledru-Rollin intentaron negociar con los amotinados, pero finalmente hicieron intervenir a la Guardia Nacional. Blanqui, Raspail, Hubert y otros dirigentes obreros fueron detenidos y cerrados los clubes socialistas.

La oposición de extrema izquierda —los *rojos,* como se les empezaba a llamar— había sido desarticulada, pero ello no alivió la presión social. La bancarrota económica fue utilizada como excusa para borrar la legislación social de febrero. El ministro de Trabajo, Garnier-Pagès, disolvió la Comisión Nacional del Trabajo y cerró los Talleres Nacionales. Por su parte, la Asamblea decretó el ingreso en el Ejército de los parados menores de 24 años y el envío de los restantes a los departamentos, encuadrados en cuadrillas de jornaleros. La medida tenía un evidente alcance político, puesto que despojaba a la izquierda socialista de su base más activa.

Pero los afectados se movilizaron. En la tarde del 22 de mayo hubo reuniones multitudinarias y al día siguiente comenzaron a levantarse barricadas en los distritos proletarios de París. La sublevación carecía esta vez de dirigentes y casi de objetivos, pero alarmó a la clase política. El general Cavaignac, un militar republicano formado en las campañas argelinas, fue encargado de la represión del movimiento al frente de 30.000 hombres. Empleando incluso la artillería en las calles, el ejército se hizo con el control de la ciudad el 26, tras dos días de violentos combates. Aliviada, la Asamblea Constituyente procedió a tomar medidas de excepción. Se decretó el estado de sitio y se ejerció una represión brutal sobre los rebeldes: unos 1.500 fueron fusilados y 4.000, enviados a las colonias sin juicio previo. Lamartine, hasta entonces árbitro de la política repúblicana, tuvo que dimitir con



Izquierda, disturbios en una cuenca minera francesa durante una huelga del carbón a mediados del siglo XIX (grabado, Biblioteca Nacional, París). Arriba, cartel revolucionario francés de 1848, que representa un obrero defendiendo la libertad de prensa

sus compañeros de la Comisión Ejecutiva. Les sustituyó un Consejo provisional presidido por Cavaignac, al que la Asamblea otorgó poderes prácticamente dictatoriales.

Los sucesos de mayo en París marcan el comienzo del reflujo revolucionario. Tras ellos, la República burguesa se consolidó y la Asamblea redactó una Constitución democrática. El triunfo del parlamentarismo liberal parecía garantizado en Francia, pero en realidad ya se había puesto en marcha la reacción conservadora. El proletariado industrial, que había tenido una participación tan decisiva en el proceso revolucionario, quedaba al margen del mismo, desarticuladas sus organizaciones, limitada la libertad de expresión de sus periódicos y eliminadas las medidas sociales impuestas por sus representantes en los primeros momentos. Mientras en otros lugares de Europa, el impulso popular se encontraba en pleno apogeo, en la Francia republicana la precaria alianza entre la burguesía liberal y la izquierda democrática se había roto en favor de aquélla.

Durante la primavera de 1848, la revolución se extendió por la Europa central y meridional. Aunque los liberales habían conseguido ya algunas concesiones políticas en los Estados italianos durante el invierno precedente los acontecimientos parisinos actuaron como catalizador de las ansias de libertad de los pueblos europeos sometidos al viejo orden absoluto. Aunque el Gobierno provisional francés no hizo nada para exportar su revolución, ésta fue muy contagiosa. Desde París, el insureccionalismo saltó a Austria y Renania, para extenderse desde estos focos a Alemania, el Norte de Italia y los países danubianos.

Los países de la Corona austriaca

El Imperio austriaco era un gigante con pies de barro. Construido durante siglos a partir de los Estados patrimoniales de los Habsburgo, englobaba en

torno al eje danubiano a un variado conjunto de pueblos, con lenguas, culturas y religiones distintas, una larga historia de rivalidades y en general mal avenidos con la centralización imperial y con el predominio político de la minoría germánica de Austria. La parte occidental del Imperio estaba incluida en la Confederación Germánica, aunque en Bohemia-Moravia eran mayoritarios los checos y en el Tirol había una fuerte minoría italiana, que era abrumadora mayoría en el Reino Lombardo-Véneto. La oriental, englobaba a la Hungría histórica y los extensos territorios arrebatados a turcos y polacos durante el siglo XVIII. El predominio de los magiares era aquí combatido por eslovacos, croatas, rumanos y otras minorías, mientras que en la septentrional Galitzia los terratenientes polacos dominaban a una masa de campesinos siervos rutenos.

Este variado conjunto de territorios disponía de un ordenamiento legal muy complejo. En general, se respetaba una cierta autonomía cultural a las nacionalidades y algunos países, como Hungría, Bohemia y Croacia, poseían sus propias Dietas, elegidas según sistemas heredados de la Edad Media. Pero el proceso de centralización defendido por la Corona había realizado grandes procesos en el último siglo y la Administración absolutista austro-alemana ejercía un control sobre la vida del Imperio que las minorías consideraban opresivo.

Cuando la noticia de la caída de Luis Felipe llegó a Viena, se produjo una considerable agitación. Al igual que en París, los estudiantes pobres y los obreros tomaron la iniciativa de la protesta, que derivó en una auténtica insurrección. El 13 de marzo, una manifestación que pedía el cese de Metternich y el establecimiento de un régimen constitucional, degeneró en combates callejeros. Apremiado por la Corte, el viejo estadista huyó de la capital, mientras el emperador Fernando I creía aplacar los ánimos autorizando la creación de la Guardia Nacional, aboliendo la censura de prensa y prometiendo una Constitución.



Arriba, la Guardia Nacional dispersa a la multitud que protestaba en la plaza Am Hof de Viena durante la revolución de 1848 (anónimo, Museo del Ejército, Viena). Derecha, un grupo de revolucionarios defiende una barricada en una calle de Berlín, en 1848

Pero la presión popular no disminuyó. Los radicales, cuya fuerza habían medido mal las autoridades, no se conformaban con un régimen de liberalismo moderado. Cuando, el 25 de abril, el Gobierno imperial dio a conocer un proyecto constitucional inspirado en el modelo censitario belga, que establecía el derecho de veto del monarca y un Parlamento bicameral, los dirigentes revolucionarios lo rechazaron. Continuó pues la agitación política, que alcanzó su cenit el 15 de mayo. El emperador se refugió con la Corte en Innsbruck y se declaró dispuesto a convocar una Asamblea constituyente unicameral, elegida por sufragio universal.

Una de las razones de la debilidad de las autoridades vienesas se encontraba en la multiplicación de las demandas de autonomía de las nacionalidades, alentadas por los sucesos

revolucionarios. Ya el 3 de marzo, el liberal Kossuth había reclamado en la Dieta húngara la plena autonomía para su país. El 11, demócratas checos aprobaron un plan de reformas para Bohemia y Moravia.

Tras la caída de Metternich, las presiones de los grupos nacionalistas arreciaron y el monarca se vio obligado a contemporizar, cediendo un poco. En Hungría, la Dieta designó el 25 de marzo un Gobierno responsable ante ella, en el que figuraba Kossuth, y adoptó medidas liberalizadas como la supresión de la servidumbre campesina, la igualdad fiscal y la libertad de prensa. El 11 de abril, se promulgó una Constitución unitaria para todos los países de la Corona húngara. Aunque reconocía ciertas libertades culturales a las minorías no magiares, el texto sancionaba la existencia de un Estado nacional, lo que provocó el inmediato rechazo de los esclavos y de los rumanos de Transilvania. El día 8, una Carta Constitucional había otorgado a los checos la igualdad jurídica con los alemanes de Bohemia y Moravia y un tímido autogobierno bajo un Comité Nacional con sede en Praga. A cambio, la nobleza checa y los liberales moderados manifestaron su lealtad al emperador y su condena de los sucesos de mayo en Viena.

Pronto se hizo evidente que era imposible contentar a todos, y que la crisis política ponía al Imperio a las puertas de la guerra civil. La privilegiada autonomía concedida a los húngaros reforzó la solidaridad de las minorías eslavas, que convocaron el 2 de junio un Congreso Eslavo en Praga. En el Sur, croatas y serbios estaban en práctica rebeldía contra el Gobierno de Pest y el gobernador de Croacia, Jelâcic, alegaba la lealtad al Imperio para negar la soberanía húngara sobre el país.

Las elecciones a la Asamblea Constituyente en Austria las decidieron, igual que en Francia, los campesinos, fervorosos partidarios del emperador. Los demócratas quedaron en minoría en el Reichstag mientras Fernando, con el apoyo del Ejército y de los moderados, iniciaba una cautelosa recuperación de la autoridad imperial. La tarea más urgente era contentar a los húngaros, cuyos contingentes militares eran indispensables en Italia. El gobernador de Croacia fue destituido. En Bohemia, donde la resurrección del *paneslavismo* suponía un peligro para la hegemonía alemana, los austriacos actuaron expeditivamente. Cuando el 12 de junio estalló un motín en Praga protagonizado por trabajadores en paro, el gobernandor militar, Windischgrätz ordenó a las tropas reprimirlo. Cuando los combates se generalizaron, abandonó la ciudad, le puso cerco y la bombardeó. El día 17, los imperiales recuperaron el control de Praga y suspendieron el Congreso Eslavo. El Consejo Nacional checo fue disuelto y aplazada la convocatoria de una Dieta Constituyente.

A finales del verano, el emperador parecía haber recuperado parte de su antiguo poder. En Viena, la revolución estaba dominada, con el Reichstag controlado por los moderados. La secesión de Italia parecía próxima a concluir, tras la derrota de las tropas piamontesas. Hungría, satisfecha con su nueva libertad, no cuestionaba la lealtad a los Habsburgo, que a su vez se mostraban dispuestos a sacrificar los intereses de sus súbditos eslavos en beneficio de una *entente* germano-magiar en el Imperio. A orillas del Danubio, el impulso revolucionario también parecía agotarse.

La Confederación Germánica, establecida en 1815, reunía, a mediados del siglo pasado, a 39 Estados independientes pero sometidos, en mayor o

menor grado, a la influencia de los dos principales, Austria y Prusia. Las primeras revoluciones liberales les habían afectado de forma distinta, lo que provocaba que en el seno de la Confederación coexistieran monarquías constitucionales con otros sistemas políticos propios del Antiguo Régimen. Los principales alemanes seguían enviando a sus representantes a la Dieta confederal de Francfort, pero la rivalidad autroprusiana introducía un elemento de desunión. El *Zollverein,* la unión aduanera impulsada por Prusia desde 1828, aparecía como un elemento más sólido de unidad nacional que la fraternidad de los monarcas, pese a los recelos que provocaba en Viena y otras cortes alemanas.



Liberalismo y nacionalismo en Alemania

El movimiento liberal, muy desarrollado en Alemania, poseía un marcado componente nacionalista, pero se encontraba dividido, como en otras partes, entre moderados y demócratas. Cuando se desencadenó la revolución de 1848, esta división se manifestó en la disparidad de objetivos y fue, a medio plazo, sumamente perjudicial para los ideales unificadores. La burguesía liberal pretendía la reforma de las instituciones existentes en los diversos Estados y un reforzamiento de los lazos federales. Los sectores demócratas buscaban promover reformas sociales y construir un Estado nacional más o menos unificado. La dispersión de los esfuerzos, la falta de una única capital que simbolizara el triunfo de la revolución nacional y la solidaridad entre monarcas amenazados, terminarían frustrando, como en Italia, esta doble vía liberal y nacionalista de los movimientos del 48.

Cuando se produjo la revolución del mes de febrero en París, las regiones próximas al Rin conocían una seria protesta popular, consecuencia de la crisis económica y de la falta de alimentos. En los comienzos de marzo se produjeron motines campesinos en toda la Alemania occidental, lo que aprovecharon los liberales para promover levantamientos urbanos en el Suroeste. En Baden, Wurtemberg, Hesse-Darmstadt y Nassau los monarcas aceptaron sin gran resistencia las clásicas reivindicaciones de la burguesía progresista: régimen constitucional, sufragio universal, libertad de prensa y asociación, y guardia cívica. La revolución se extendió rápidamente a Baviera, donde Luis I hubo de abdicar en su hijo Maximiliano, a Hannover y a Sajonia. En todas partes, Gabinetes que representaban a la burguesía moderada sustituyeron a los equipos de confianza de los soberanos, mientras clubes políticos y periódicos difundían las ideas triunfantes entre la población.

El 5 de marzo, a propuesta de la Dieta de Baden, se reunieron en Heidelberg 51 representantes de los grupos liberales y demócratas de varios Estados alemanes y acordaron convocar a los miembros electivos de las Dietas locales en un Parlamento preparatorio —*Vorparlament*— de una Asamblea nacional. La mayoría de los reunidos se mostró partidaria de la creación de un Estado federal bajo la dirección del rey de Prusia.

Este, mientras tanto, atravesaba por serias dificultades. El 3 de marzo había estallado una sublevación en Colonia,



Izquierda, el mariscal Radetzky, jefe de las fuerzas austriacas en Italia. Arriba, entrada en Milán de Carlos Alberto de Cerdeña-Piamonte en la primavera de 1848, Museo del Risorgimento, Roma

donde los sectores populares planteaban reivindicaciones de contenido socialista. En Berlín, el descontento contra la política autoritaria de Federico Guillermo IV también era patente y desde el día 5 se produjeron movilizaciones. La revolución que estalló decidió al monarca a hacer concesiones. El 18 de marzo pudo anunciar la supresión de la censura y la convocatoria de una dieta —*Landtag*—, pero ello no evitó que ese mismo día se produjese un levantamiento popular en la capital. La represión ocasionaría dos centenares de muertos, pero el monarca tuvo que claudicar y el día 21 prometió la convocatoria de un Parlamento democrático y en un manifiesto se declaró dispuesto a impulsar la unificación alemana. Quien aprovechó el vacío de poder provocado por la insurrección berlinesa fue la dinámica burguesía renana, que por mediación de sus representantes en el Gobierno, Camphausen y Hansemann, logró restablecer momentáneamente el orden y abrir paso a las reformas moderadas con la apertura del nuevo Landtag prusiano, el 2 de abril.

Dos días antes se había reunido en Francfort el *Vorparlament,* que convocó elecciones por sufragio universal a una Asamblea Constituyente en la que habría un diputado por cada 50.000 electores. Prusia Oriental y el ducado de Schleswig, que no formaban parte de la Confederación, fueron invitados a enviar sus representantes. Contra la opinión de la izquierda, el Parlamento preparatorio se autodisolvió sin haber adoptado ninguna medida contra el poder de los príncipes ni dado paso alguno en favor de la creación de un Estado federal. Y cuando, a finales de abril, el republicano Hecker inició un movimiento federalista en Baden, no encontró apoyos en otras regiones, y la sublevación fue aplastada con facilidad por el Gobierno liberal del Gran Ducado.

Las elecciones del 1º de mayo, celebradas en toda Alemania, permitieron la constitución de un *Bundestag* de 831 miembros, presidido por Heinrich von Gagen, en el que predominaban los conservadores moderados, pero donde la izquierda democrática poseía una importante representación. Reunida en Francfort a partir del 18 de mayo, esta Asamblea Constituyente actuó con un espíritu tan nacionalista como poco realista, deslumbrada por la momentánea debilidad de las monarquías de la Confederación. En su seno surgieron los primeros grupos políticos organiza-

dos a nivel nacional: los liberales moderados de Von Gagen y Dahlmann, los demócratas dirigidos por Ruge y Blum, y la derecha monárquica encabezada por Von Radowitz y Vincke.

El Parlamento se pronunció por un Estado alemán que incorporase parte de Suiza, Alsacia, Posnania, los ducados daneses y los territorios no alemanes de Austria. La inoperante Dieta federal fue sustituida por un vicario imperial, el archiduque austriaco Juan, considerado favorable al liberalismo, y por un Gobierno provisional alemán, presidido por Von Leiningen. Durante el otoño, los diputados acometieron la redacción de una Constitución federal. No obstante, no se atrevieron, pese a las presiones de la izquierda, a disminuir la independencia de los Estados de la Confederación y ni siquiera unificaron sus fuerzas armadas. Con ello dejaban en manos de los príncipes los instrumentos precisos para emprender la reacción.



La revolución en Italia

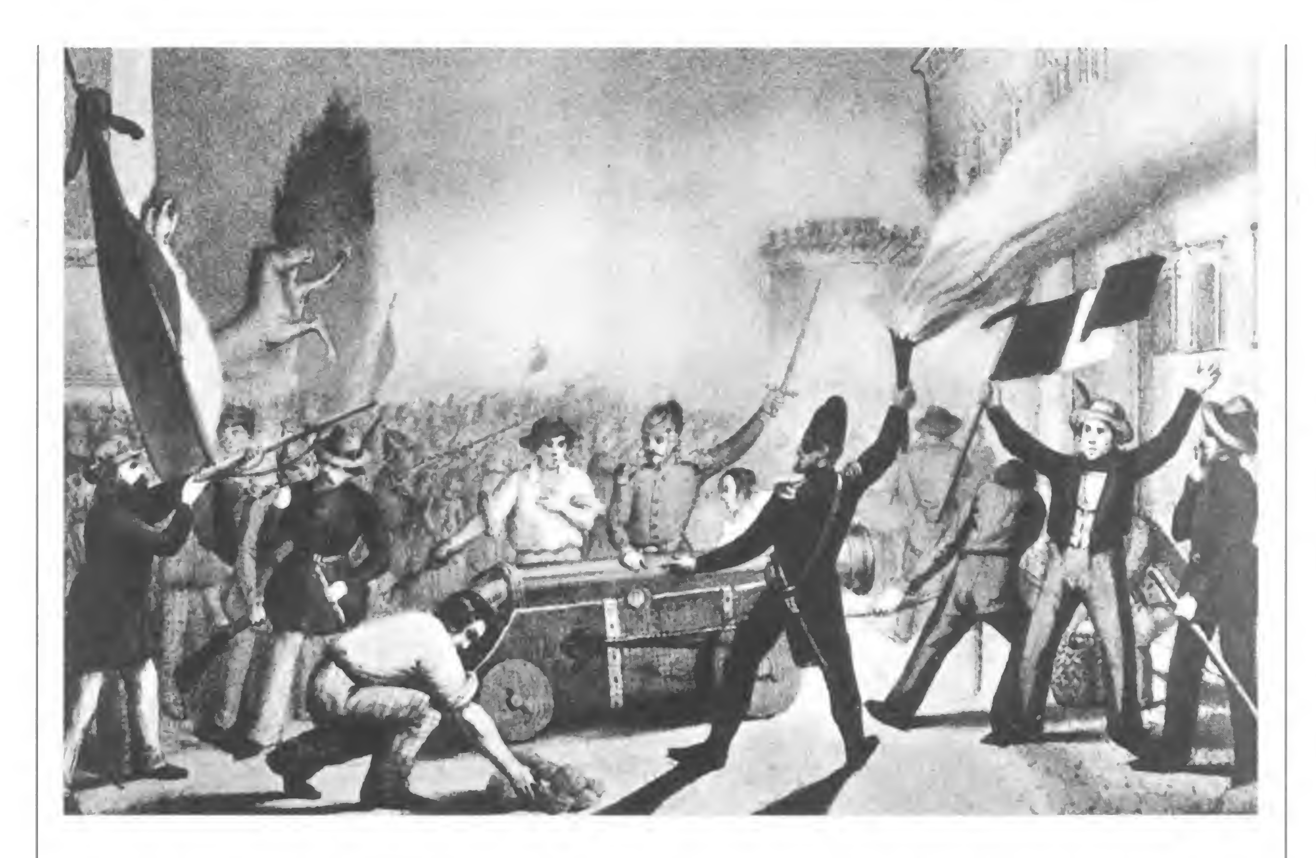
Si los acontecimientos de Francia fueron el factor desencadenante de la *primavera de los pueblos* del período 1848-49, en Italia el estallido popular había precedido en algunas semanas a la revolución parisina.

El liberalismo italiano se había desarrollado con un fuerte componente nacionalista, que se alimentaba del odio a los austriacos, que ocupaban el cuadrante nororiental del país, y del anhelo de unificar los siete Estados de muy diferente entidad que se repartían la península. Los carbonarios y otras sociedades más o menos secretas que habían impulsado los movimientos revolucionarios de 1820 y 1830 habían intentado ese doble objetivo: la unificación nacional bajo un régimen constitucional. Pero en ambos casos, la intervención de Austria con el apoyo de las grandes potencias había frustrado las expectativas de los patriotas y confirmado en sus tronos al Papa y a los demás gobernantes absolutos.

A mediados de los años cuarenta, buena parte de la intelectualidad italiana vivía en el exilio. Refugiados en Francia, Suiza o Bélgica, los liberales fueron abandonando las románticas prácticas conspiratorias del carbonarismo. La maduración de los viejos carbonarios marcó, como en otros sitios, dos rumbos diferentes al liberalismo italiano: el de quienes se atuvieron al doctrinarismo, manteniendo sus reivindicaciones en un marco exclusivamente político, y el de quienes buscaban un proceso de revolución social y política que permitiera un régimen de participación popular en el seno de una Italia unificada y republicana.

La mayor parte de estos últimos se agrupaba en torno a Giuseppe Mazzini, un veterano de los levantamientos liberales. Mazzini entendía el movimiento patriótico italiano inmerso en la corriente europea de revisionismo nacionalista con respecto al sistema de la Santa Alianza. Los mazzinianos se agrupaban en el movimiento de la *Joven Italia,* que dependía en exceso de la tradición romántica y carbonaria y proponía una república unitaria. Menor importancia tenían los republicanos federalistas, cuyo líder era Carlo Cattaneo.

Los teóricos del moderantismo concebían una Italia constitucional y monárquica, gobernada por representantes de su propio grupo político. Ante el problema de la legitimidad de la futura casa real italiana proponían dos soluciones alternativas: la *neogüelfa* y la *saboyana.*



Izquierda, monumento a Garibaldi en Turín (*La Ilustración Artística*, 1884). Arriba, desórdenes en el Quirinal de Roma, que obligaron al papa Pío IX a abandonar Roma y refugiarse en Gaeta

Los neogüelfos eran partidarios de una Italia regida por el Papa. Su base ideológica era la tradición medieval italiana, cuando el Pontífice encarnó el espíritu de lucha contra la dominación germánica. Para su principal teórico, el abate piamontés Vicenzo Gioberti, Italia era la nación *madre* de Europa y por ello le correspondía asumir un papel hegemónico en el continente. El Papa, suprema autoridad del orbe cristiano, ostentaría la jefatura de una confederación de príncipes italianos, y la Casa de Saboya, reinante en Piamonte-Cerdeña, se ocuparía de los intereses materiales de la nación. Era una solución que halagaba a los católicos, que estimulaba el localismo de los diversos Estados y que alejaba los peligros de un cambio social parejo al político, tal y como exigían los demócratas. Pero había un serio obstáculo para que la burguesía conservadora aceptase con unanimidad tal teoría: en los años anteriores, el Papado no había hecho la más mínima concesión al liberalismo, manteniéndose como un baluarte del absolutismo proaustriaco.

Este último factor era tenido muy en cuenta por los defensores de la solución saboyana. Estos moderados tenían puestas sus esperanzas en Carlos Alberto de Cerdeña-Piamonte quien, sin ser precisamente un liberal, era el monarca italiano más abierto a las nuevas corrientes. Su primer ministro, el conservador Solaro della Margherita, había iniciado una tímida política reformista —supresión del feudalismo en Cerdeña, códigos legales, orientación hacia el librecambio, etcétera— que satisfacía a los moderados.

Entre 1846 y 1848 se produjeron en Italia algunos signos de evolución hacia el liberalismo. El papa Pío IX, elegido en junio de aquel año, inició una política de liberalización administrativa y económica en los Estados Pontificios. Las expectativas abiertas entre los liberales italianos parecieron reforzarse al acometer la Curia una reforma legal y estudiar un proyecto de Asamblea Consultiva. La presión que ejercían los mazzinianos romanos en favor de una mayor apertura alarmó en Viena. Como advertencia, los austriacos ocuparon la ciudad pontificia de Ferrara en julio de 1847. Una oleada de indignación patriótica recorrió Italia. Cerdeña, Toscana y los Estados Pontificios iniciaron una aproximación con la firma de un acuerdo económico, pero el Papa se negó a sus-

cribir una alianza antiaustríaca. Poco después, la crisis suiza despertó los sentimientos anticlericales de los liberales. La agitación política alcanzaba un alto grado en toda Italia a comienzos de 1848.

El domingo 12 de enero, los liberales de Palermo se sublevaron contra el rey Fernando de las Dos Sicilias. Toda la isla entró en ebullición y las tropas que debían combatir a los revolucionarios se pasaron a su lado. El 2 de febrero un Gobierno provisional anunciaba la inmediata convocatoria de un Parlamento y proclamaba la Constitución española de 1812. En Nápoles, Fernando II se apresuró a conceder varias reformas, pero pronto se comprobó que no era suficiente. La creciente presión popular forzó al rey a conceder una Constitución a sus súbditos, muy moderada, pero que limitaba sus poderes absolutos.

El entusiasmo se adueñó de los liberales en toda Italia y dio lugar a grandes manifestaciones exigiendo la apertura política. Carlos Alberto de Cerdeña y Leopoldo de Toscana se apresuraron a conceder Cartas constitucionales en sus Estados, temerosos de males mayores.

En Roma, Pío IX se sumó a estas medidas, aunque con mayor renuencia. Primero forzó la dimisión del secretario de Estado, cardenal Ferratti, muy mal visto por la población. Y el 8 de febrero, ante la creciente agitación popular, anunció su propósito de reformar el Gobierno pontificio, dando entrada a ministros laicos. Tal anuncio iba acompañado de un párrafo donde el Pontífice pedía la bendición divina para Italia, y ello fue entendido como una demostración de nacionalismo. El Papa veía cada vez más difícil volverse atrás y decidió apoyar las reivindicaciones de los moderados para evitar que el movimiento fuera más lejos. El 14 de febrero nombró una comisión con la misión de estudiar una reforma de las instituciones en sentido constitucionalista y semanas después entregó el poder a un Gobierno de laicos y conservadores. Como culminación del proceso, Pío IX aprobó el 13 de marzo un *Estatuto fundamental para el gobierno temporal de los Estados de la Iglesia* que, aunque muy moderado, era una Constitución de corte liberal.

De esta manera, a mediados de marzo cuatro Estados italianos disponían de regímenes constitucionales. Otros dos, Parma y Módena, habían sido ocupados por los austriacos en previsión de incidentes y en el Lombardo-Véneto el gobernador militar, conde de Radetzky, se mantenía alerta para cortar cualquier conato revolucionario.

La situación italiana experimentó un nuevo giro cuando, el 13 de marzo, estalló la revolución en Viena y el odiado Metternich tuvo que huir. Apenas conocido este hecho, Venecia se levantó contra los austriacos bajo la dirección de Daniel Manin. En Milán, donde los ocupantes mantenían una guarnición poderosa, los patriotas contaban con una organización clandestina que entró en funcionamiento apenas llegaron las noticias de Viena. El 18 de marzo, el pueblo milanés se sublevó y tras cinco días de lucha callejera los austriacos fueron expulsados. Los moderados lombardos temían, sin embargo, que la región cayese bajo control de los republicanos de Cattaneo, y para evitarlo pidieron ayuda a la Corte de Turín.

Carlos Alberto dudó algunos días, pero aconsejado por sus ministros conservadores se decidió a dar el visto bueno a una intervención que gozaba de enormes simpatías en su propio reino. Por tanto, una proclama real anunció la entrada del ejército sardo en Lombardía portando el emblema de Saboya sobre la bandera tricolor italia-



Arriba, grabado de Luis Napoleón en su etapa presidencial. Izquierda, Alphonse de Lamartine (por Thomas Couture, 1842, Museo de Arte e Historia, Ginebra)

na. A las tropas de Carlos Alberto se unieron contingentes napolitanos, toscanos y pontificios, unidos todos para expulsar a los austriacos.

La campaña fue un completo fracaso. El rey de Cerdeña parecía más interesado en asegurarse el dominio futuro de las regiones liberadas y en combatir a los republicanos que en derrotar a los austriacos. Estos contaban con unos 45.000 hombres atrincherados en el *Cuadrilátero,* la zona del Véneto limitada por las fortalezas de Pescara, Mantua, Legnano y Verona. Durante la primavera y parte del verano de 1848, los italianos se estrellaron contra el dispositivo defensivo de Radetzky. El 24 de julio, en Custozza, los imperiales contraatacaron. Carlos Alberto retiró sus tropas a Milán y luego, tras una simbólica defensa de la ciudad, repasó la frontera de su reino y concluyó un armisticio con los austriacos.

Los países al margen

En el verano de 1848, pues, gran parte de Europa había sufrido la transformación de sus sistemas absolutistas o autoritarios en regímenes constitucionales de signo liberal moderado. Estos procesos habían terminado provocando en muchos casos la ruptura de la colaboración entre la burguesía liberal, satisfecha con lo conseguido, y los elementos populares, partidarios de la profundización en sentido democrático de las reformas sociales y políticas. Ello no significaba que la izquierda estuviera desarticulada o que hubiera perdido su capacidad de movilización. Las libertades recién estrenadas habían permitido incluso la salida a la luz de las organizaciones obreras, que conocerían una breve etapa de tolerancia. En la Colonia *roja,* fundaría Marx en junio de 1848, la *Nueva Gaceta Renana,* desde la que daría a conocer a los trabajadores centroeuropeos los conceptos del *Manifiesto Comunista,* que había redactado con Engels en Londres en enero.

Pero hubo varios países europeos que, por diversas circunstancias, escaparon a la revolución o la vieron abortar en sus inicios. Ello no significa que sus pueblos y Gobiernos se despreocuparan de lo que ocurría en los Estados vecinos. Incluso algunos de ellos, sobre todo Gran Bretaña y Rusia, jugarían un destacado papel en el desenlace de los procesos continentales en la segunda mitad de 1848 y durante el año siguiente.

En Bélgica y Holanda, las autoridades se apresuraron a ampliar las libertades recogidas en sus Constituciones, mientras las medidas policiales y el temor a una reedición del expansionismo de la Francia revolucionaria mermaban las posibilidades de actuación de la oposición. Suiza y las monarquías escandinavas, en lenta transición hacia sistemas constitucionales, también permanecieron al margen, máxime cuando el irredentismo de los liberales alemanes era mirado como una amenaza por suizos y daneses.

En la Península Ibérica, los Gobiernos constitucionales de signo moderado contuvieron los brotes revolucionarios sin grandes dificultades. En Portugal, Costa Cabral había hecho abortar un levantamiento demócrata en 1846, con ayuda española y británica. En España, donde gobernaba autoritariamente el general Narváez, los focos insurreccionales aislados de Sevilla y Madrid fueron ahogados durante la primavera de 1848 mediante una enérgica represión.

En cuanto al Reino Unido, los movimientos de 1848 ofrecían el peligro en una doble vertiente: el renacido movimiento cartista y el independentismo irlandés. Pero el Gobierno *whig* de lord Rusell pudo hacer frente a la crisis. Los levantamientos cartistas en varias ciudades industriales de la Inglaterra central fueron sofocados y el 10 de abril la policía disolvió en Londres una manifestación popular que se dirigía a la Cámara de los Comunes. En cuanto a Irlanda, la temible hambruna desatada en 1845, que haría perder a la isla la cuarta parte de su población, restaba cualquier posibilidad de actuación a los nacionalismos de la *Joven Irlanda* de O'Connell.

El reflujo

Finalmente, en la Europa oriental el Imperio ruso se vio libre de agitaciones, lo que permitió al zar Nicolás I, el *gendarme de Europa,* mantenerse como la mayor amenaza exterior para los liberales centroeuropeos. Por lo que respecta a la península balcánica, bajo soberanía otomana en su mayor parte, sólo en los principados de Valaquia y Moldavia se produjeron conatos revolucionarios, rápidamente cortados por las tropas rusas.

Si el levantamiento de febrero en París había marcado el comienzo de la revolución en Europa, la derrota de los partidarios de la *República social* a manos de Cavaignac, casi al tiempo en que las tropas austriacas terminaban con la incipiente libertad checa, señaló el comienzo del fin de la marea revolucionaria. Tal fenómeno vendría representado en todas partes por una alianza de la burguesía gobernante con los *notables* del antiguo orden para hacer frente a los asaltos, cada vez más desesperados, de la revolución popular, frustrada por la consolidación de los regímenes constitucionales moderados y el acceso de las masas campesinas al sufragio. Al tiempo, la reacción comportaría el fracaso de las iniciativas nacionalistas



El parlamentario A. Baudin en las barricadas de París durante la jornada revolucionaria del 3 de diciembre de 1851; horas después, Luis Napoleón controlaría la situación

en Alemania, Italia y el Imperio austriaco.

El bonapartismo en Francia

Derrotada en las barricadas la extrema izquierda, la Asamblea Constituyente francesa pudo dedicarse con tranquilidad a institucionalizar el nuevo orden mediante una Constitución republicana. La Carta, aprobada el 4 de noviembre, mantenía las conquistas básicas de la revolución de febrero: soberanía nacional y democracia política. El poder legislativo residiría en la Asamblea Nacional, elegida por períodos de tres años mediante sufragio universal. El ejecutivo estaría encabezado por el presidente de la República, elegido por todos los ciudadanos por un plazo de cuatro años y no reelegible, ante el que era responsable el Gobierno. Se pretendía con ello un equilibrio del poder, ya que la Asamblea no podía ser disuelta por el presidente; ni éste, derribado por aquélla. La Constitución garantizaba los derechos individuales y políticos, pero los diputados habían marginado de ella determinados derechos sociales que, como el derecho al trabajo, figuraban entre los logros más avanzados de la revolución.

Finalizada la etapa provisional, la Asamblea convocó elecciones a la Presidencia de la República. Concurrieron cinco candidatos, uno de los cuales, Raspail, procedía de las filas socialistas; el radical Ledru-Rollin pretendía representar el voto de la pequeña burguesía; Lamartine y Cavaignac tenían su electorado entre la burguesía moderada, aunque este último, héroe de la represión de junio, podía recoger muchos votos de los conservadores monárquicos. Finalmente, estaba el príncipe Luis Napoleón Bonaparte. Liberal exaltado en su juventud, este sobrino del Emperador se presentaba como un defensor del orden social y a la vez, de las conquistas de la revolución liberal frente a la derecha reaccionaria. Con una activa campaña en la que se revivieron las glorias del pasado imperial, Luis Napoleón supo captar el voto campesino y el apoyo de la Iglesia y de los *notables* monárquicos. Su triunfo, el 12 de diciembre de 1848, fue apabullante: cinco millones y medio de votos frente al millón y medio de su más directo rival, Cavaignac. Los candidatos

del centro y de la izquierda sufrieron una humillante derrota.

La República democrática agonizaba en Francia, y su presidente no se cuidaba mucho de guardar las formas: su primer Gobierno, dirigido por Odilon Barrot, estaba mayoritariamente integrado por monárquicos. Legitimistas y orleanistas, con Thiers a la cabeza, le brindaban su apoyo.

Las elecciones a la Asamblea Nacional, celebradas en mayo de 1849, reflejaron el creciente alejamiento del electorado de las instituciones republicanas. La coalición monárquico-conservadora que encabezaba Luis Napoleón, el *Partido del Orden,* obtuvo 450 escaños de un total de 750; los republicanos de centro se hundieron con sólo 60 y demócratas y socialistas, agrupados en la Cámara en el *Partido de la Montaña,* obtuvieron una minoría de 210 diputados.

Los radicales tenían motivos para temer que aquellos resultados abrieran paso a una restauración monárquica. El 13 de junio, la Montaña convocó a sus partidarios a manifestarse en defensa de la República y contra la expedición militar frente a los demócratas romanos, en lo que era un nuevo intento de hacerse con el poder. La maniobra fue un fracaso ante la enérgica reacción de las autoridades y Ledru-Rollin, el más destacado representante de la izquierda, tuvo que huir a Inglaterra.

Consolidada en el poder, la derecha inició el paulatino desmontaje del régimen democrático. La Ley Falloux, de 15 de marzo de 1850, permitió a la Iglesia recuperar su control sobre la enseñanza, del que la había despojado la revolución. Tras el éxito de los demócratas en unas elecciones parciales, la ley electoral de 31 de mayo fijó en tres años el tiempo de residencia obligatorio en un distrito para poder ser elector, privando así del derecho al voto a casi tres millones de obreros y campesinos sin trabajo fijo. El 16 de julio, se restableció la censura de prensa.

Pero Luis Napoleón tenía ideas propias. Su creciente popularidad entre los trabajadores rurales y urbanos facilitaba su desmarque del reaccionario Partido del Orden y de sus impopulares medidas. El bonapartismo se presentaba como una opción al margen de la derecha y de la izquierda, respetuosa con la religión y el orden,



pero socialmente progresista. El *Príncipe Presidente* llegó incluso a proponer el restablecimiento del sufragio universal, a espaldas de sus aliados. Pero su mandato expiraba en 1852 y no podía ser reelegido. Seguro del apoyo de la población y del Ejército, preparó un golpe de Estado y el 2 de diciembre de 1851 hizo detener a los dirigentes parlamentarios y disolvió la Asamblea. Los republicanos intentaron por última vez movilizar al pueblo de París, pero su momento había pasado y fueron aplastados fácilmente por las tropas. Poco después, un plebiscito respaldaba, con 7.436.215 síes frente a 646.737 noes, la nueva dictadura. El régimen constitucional francés, víctima de la crisis económica y de las rivalidades de sus partida-

rios, perecía por mano de la que había sido su principal conquista: el sufragio universal.

La reacción en la Corona austriaca

La derrota de la revolución de junio en Francia reforzó en las monarquías centroeuropeas la convicción de que sólo con la fuerza se podía contener el avance del nacionalismo democrático. El control sobre los respectivos ejércitos y el apoyo de unas masas campesinas de sentimientos monárquicos y escasa cultura política, se revelarían fundamentales para que, en una primera fase, se produjera la derrota de los movimientos revolucionarios aún activos y luego la virtual restauración de los sistemas políticos afectados por los procesos de la primera mitad de 1848.

Izquierda, Francisco José de Austria (retrato de esta época por Winterhalter, Museo de Arte e Historia, Viena). Abajo, Nicolás I de Rusia (postal de comienzos de siglo)



En Austria, la represión del movimiento popular en París y el sometimiento del pacífico nacionalismo checo, alentaron a la Corte a lanzar una contraofensiva contra los nacionalistas húngaros y los demócratas vieneses. La excusa la dio el asesinato del delegado imperial en Pest, Lamberg, el 28 de septiembre de 1848. El Gobierno austriaco decretó el estado de sitio en Hungría y retornó a su política de enfrentar a los magiares con las minorías que les estaban sometidas. El *ban* Jelâcic fue repuesto en su cargo en Croacia y agentes imperiales animaron al levantamiento a los serbios de Voivodina y a los rumanos y alemanes de Transilvania.

Los demócratas vieneses, que soñaban con una Austria incorporada a la Gran Alemania y no se oponían a la independencia húngara, vieron en las maniobras del Gobierno moderado una amenaza contra su propia supervivencia y ello les impulsó al levantamiento. El 3 de octubre, Viena se cubría de barricadas, el ministro de la Guerra era linchado y obreros y estudiantes se adueñaban de la ciudad. Pero la revolución capitalina, cercada militarmente y sin eco en otros lugares, no tenía futuro. Tras una semana de combates entre la guardia cívica y las tropas de Windischgrätz, Viena capituló. La represión fue brutal y desarticuló al movimiento democrático austriaco. Entre los ejecutados figuraba Robert Blum, dirigente de la izquierda en el Parlamento de Francfort y convertido en mártir de la causa nacional alemana.

De la mano del Ejército, los conservadores retornaron al poder. El Gobierno moderado fue sustituido por otro, presidido por el príncipe Schwarzenberg y cuyo ministro del Interior, Stadion, impuso un régimen de terror policiaco. En diciembre, el indeciso emperador Fernando fue forzado a abdicar en su joven sobrino, Francisco José I, que en adelante sería fácilmente manejado por su primer ministro. No era el retorno del absolutismo, pero el liberalismo del régimen quedaba reducido a su mínima expresión. Cuando, en marzo de 1849, liberales alemanes y eslavos suscribieron un pacto parlamentario contra la política oficial, el Gobierno disolvió el *Reichstag* e impuso una nueva Constitución, que establecía un Estado unitario en todo el Imperio, con una Dieta elegida por sufragio censitario. A cambio, se sancionaba la emancipación de los siervos —los agradecidos campesinos eran uno de los pilares de la reacción— y se decretaba la igualdad entre todas las nacionalidades.

Esta última medida era un castigo contra los húngaros. Tras los sucesos



de octubre en Viena, los radicales de Kossuth se habían impuesto en la Dieta a los aristócratas fieles a la dinastía, iniciando el proceso hacia la independencia. En Viena se quiso cortar el brote secesionista. El 5 de enero de 1849, Windischgrätz ocupaba Pest, mientras los croatas rompían sus vínculos con la Corona de San Esteban. Pero los húngaros disponían de un ejército propio y de una fuerte conciencia nacional y se unieron en masa a sus dirigentes. El 7 de abril derrotaban a los austriacos y recuperaban su capital. El 14, en Debreczen, la Dieta nacional proclamó la independencia bajo un régimen, de hecho, republicano.

El surgimiento de un nuevo brote revolucionario en Europa central alarmó al zar Nicolás I, que temía que se contagiase a Polonia. En mayo se entrevistó en Varsovia con Francisco José y aceptó intervenir militarmente en Hungría. Durante el verano, un gran contingente ruso se unió a las tropas austriacas y croatas. A finales de julio, caía Pest en su poder y el 13 de agosto, tras sucesivas derrotas, capitulaban los húngaros en Villagos. La represión fue, una vez más, durísima. Numerosos militares y políticos nacionalistas fueron pasados por las armas. Hungría perdió su régimen constitucional y retornó al seno del Imperio dividida en cinco provincias

bajo el control de la Administración austriaca que, además, inició un proceso de germanización de la cultura magiar.

Con la paz, el absolutismo habsbúrgico pudo ser restablecido en su plenitud. La *Patente* imperial de 31 de diciembre de 1851 anuló incluso la restrictiva Constitución de 1849. El nuevo régimen, personificado en la figura de Alexander von Bach, mantuvo algunas conquistas liberales, sobre todo en el campo de la economía y de la enseñanza y renunció a restablecer la servidumbre feudal. Pero el Imperio quedó sometido a un férreo proceso de centralización política y de absolutismo político, que apenas sería alterado hasta la reforma *dualista* de 1867.

El impulso nacionalista que había animado a la revolución en Alemania, impidió durante algún tiempo a los liberales apreciar la gravedad de dos problemas que pesarían decisivamente en el fracaso del movimiento.

— Por un lado, la existencia de un proletariado industrial numeroso, sobre todo en las regiones occidentales y en Silesia, cuya organización había realizado considerables progresos durante la primavera y el verano de 1848. Las reiteradas peticiones de las asociaciones de trabajadores al Parlamento de Francfort y a los nuevos parlamentos estatales para que amparasen sus demandas sociales y políticas, se estrellaron contra el rechazo de la burguesía triunfante a realizar concesiones a los sectores populares. Ello, unido a la decepción creciente por el rumbo que tomaba el proceso unificador, creó un permanente estado de agitación social, con esporádicos estallidos de violencia, que alcanzaron su punto culminante en la primavera de 1849. Sin embargo, el movimiento democrático estaba profundamente dividido entre socialistas y liberal-demócratas y sus dirigentes fueron incapaces, pese a la celebración de varios congresos, de dotar a la izquierda alemana de unidad de acción.

— Por otra parte, la agitación social reforzaba la sensación de debilidad de un poder federal sin atribuciones ejecutivas, que no poseía ejército, ni diplomacia, ni aparato administrativo. Su futuro dependía en gran medida de que los sectores sociales comprometidos en la revolución fueran capaces de mantener a la defensiva a los partidarios del antiguo orden en tanto se consolidaba el nuevo. Pero en Alemania, como en Francia, como en Austria, la burguesía moderada vaciló en su presión cuando vio amenazadas sus conquistas por los intereses divergentes de los sectores menos favorecidos por la revolución.

Izquierda, viñetas satíricas sobre la miseria de Silesia y el remedio adoptado por el Gobierno en 1848. Abajo, asalto a la casa del primer ministro V. Averswald, situada en la Wilhelmstrasse de Berlín, el 1 de agosto de 1848 (ilustraciones de la prensa de la época)



El reflujo de la revolución alemana

Además, la conservación de las monarquías y de parte de sus aparatos de gobierno facilitó el reagrupamiento de las fuerzas de la contrarrevolución. Esta se inició en Prusia, donde la aristocracia terrateniente, los *junkers,* mantuvieron su apoyo al rey y su control sobre las fuerzas armadas.

En Berlín, el rebrote de las protestas populares de 1848, animó a la Asamblea parlamentaria, constituida el 22 de mayo y con numerosos artesanos y campesinos en sus filas, a introducir medidas liberalizadoras y antifeudales similares a las de los otros Parlamentos. Pero ello no hizo sino estimular la reacción de los sectores afectados por las reformas. Cuando en septiembre se produjeron los motines obreros, el general Wrangel fue encargado por el rey de reprimirlos sin contemplaciones. Los liberales berlineses, conformes con la persecución de la izquierda radical, pretendían seguir encarnando la soberanía popular, sin ca-

librar la potencia de la reacción que se estaba incubando. El 9 de octubre, la Asamblea quiso obligar a los oficiales más desafectos al régimen a abandonar el Ejército. Los aristócratas respondieron reuniendo en Berlín un *Junkerparlament* abiertamente sedicioso. La crisis política terminó provocando la caída del equipo de gobierno moderado que encabezaban Aurswald y Camphausen.

Durante el otoño, los parlamentarios prusianos iniciaron la redacción de una Constitución propia, al margen de la que debía prepararse en Francfort.

Pero el rey había recuperado un amplio margen de maniobra y con el auxilio de su nuevo primer ministro, Brandenburgo, y del gobernador militar de Berlín, Wrangel, preparó un golpe. El 9 de noviembre ordenó el traslado de la Asamblea fuera de la capital, con la excusa de ponerla a salvo de una insurrección como la ocurrida en Viena el mes anterior. El 15, el Ejército tomó el control de Berlín. Finalmente, el 5 de diciembre, Federico Guillermo disolvió la Asamblea y otorgó a sus súbditos una Constitución que establecía un Parlamento con dos Cámaras, una de designación real, y un sufragio universal que nunca llegó a funcionar como tal.

El final de la vacilante revolución prusiana cayó como un jarro de agua fría sobre el entusiasmo de los nacionalistas de toda Alemania. El proceso unificador había sufrido un serio revés cuando británicos y rusos habían escamoteado, mediante el armisticio de Malmö (26 de agosto), la incorporación a la Confederación del Schleswig danés, ocupado por sus tropas. El Parlamento federal, cuyo exaltado nacionalismo le había hecho rechazar el armisticio en un principio, tuvo que ratificarlo, lo que mermó su popularidad. El descontento popular cristalizó, durante el mes de septiembre, en levantamientos en Berlín, en Baden, donde Struve proclamó una efímera república, o en la propia Francfort, donde el Parlamento tuvo que protegerse mediante el estado de sitio.

Abajo, Federico Guillermo IV de Prusia (grabado de 1847). Derecha, soldados de Prusia atacan una barricada revolucionaria en Breslau el 7 de mayo de 1848



Por fin, a finales de octubre pudo el Parlamento iniciar la redacción de una Constitución nacional. Cuando fue aprobada por la Cámara, el 27 de marzo de 1849, sus principios democráticos habían quedado ya anulados por el triunfo de la contrarrevolución en los dos principales Estados alemanes. No obstante, los debates abordaron temas de gran importancia para el futuro del país, como la forma del Estado unificado. Sobre ello aparecieron dos tendencias en la Cámara: la de la Gran Alemania, que propugnaba una federación de Estados bajo el liderazgo de Austria, y la de la Pequeña Alemania, cuyos partidarios defendían la exclusión de los Habsburgo y la creación de un nuevo Estado nacional regido por el rey de Prusia. Este segundo proyecto terminó imponiéndose por un estrecho margen: 267 votos contra 263. La jefatura del Estado recaería sobre un emperador hereditario, que compartiría la soberanía con un *Reichstag* compuesto por dos Cámaras. Una, elegida por sufragio universal con listas nacionales y la otra, formada por representantes de los Estados del Reich.

Al día siguiente de la aprobación de la Constitución, el Parlamento eligió emperador de Alemania a Federico Guillermo IV. La corte de Viena, tradicional depositaria de la corona impe-



rial, protestó y los representantes austriacos abandonaron Francfort. Sin embargo, el rey de Prusia, que había barrido a los liberales de su Estado, no estaba dispuesto a aceptar un trono que le ofrecía un Parlamento democrático. El 27 de abril comunicó su negativa, y el 14 de mayo los diputados prusianos se retiraban de la Asamblea.

La frustración de las esperanzas nacionalistas lanzó a los demócratas de izquierda y a los socialistas a un último intento por extender la revolución social. A partir de mayo, se produjeron levantamientos en Sajonia, Baden y el Palatinado, sin que los Gobiernos liberales pudieran restablecer el orden. El propio Parlamento federal tuvo que refugiarse en Stuttgart. Sería Prusia, en su papel de gendarme de Alemania, quien terminase con los focos insurreccionales. El 23 de julio de 1849 cayó en poder de sus tropas Rastadtt, el último baluarte de la revolución en Alemania.

Los príncipes habían recuperado su poder, pero el impulso unificador actuaba todavía. Federico Guillermo llevaba tiempo negociando con los restantes monarcas la creación de la Pequeña Alemania, y la ocasión parecía propicia. Pero Austria, recuperada de la guerra húngara y apoyada diplomáticamente por Rusia, se opuso y en noviembre de 1850, en Olmütz, obligó al rey de Prusia a renunciar a sus sueños imperiales. En Francfort, la vieja

Dieta de la Confederación reanudó sus sesiones.

El fracaso del nacionalismo en Italia

La derrota del Piamonte ante Austria, y la connivencia del Papa con el enemigo, al que permitió ocupar Ferrara, eclipsaron las dos opciones unificadoras hasta entonces vigentes y radicalizaron el proceso revolucionario. En agosto de 1848, el radical Monta asumió la presidencia del Gobierno en Toscana. El 15 de noviembre caía asesinado el conde Rossi, dirigente moderado que presidía el Gobierno pontificio. La población, castigada por una dura crisis económica se echó a la calle y el Papa, enfrentado a la revolución, prefirió huir al reino napolitano en la noche del 23 de noviembre. Mientras, Manin establecía una dictadura republicana en la Venecia sitiada.

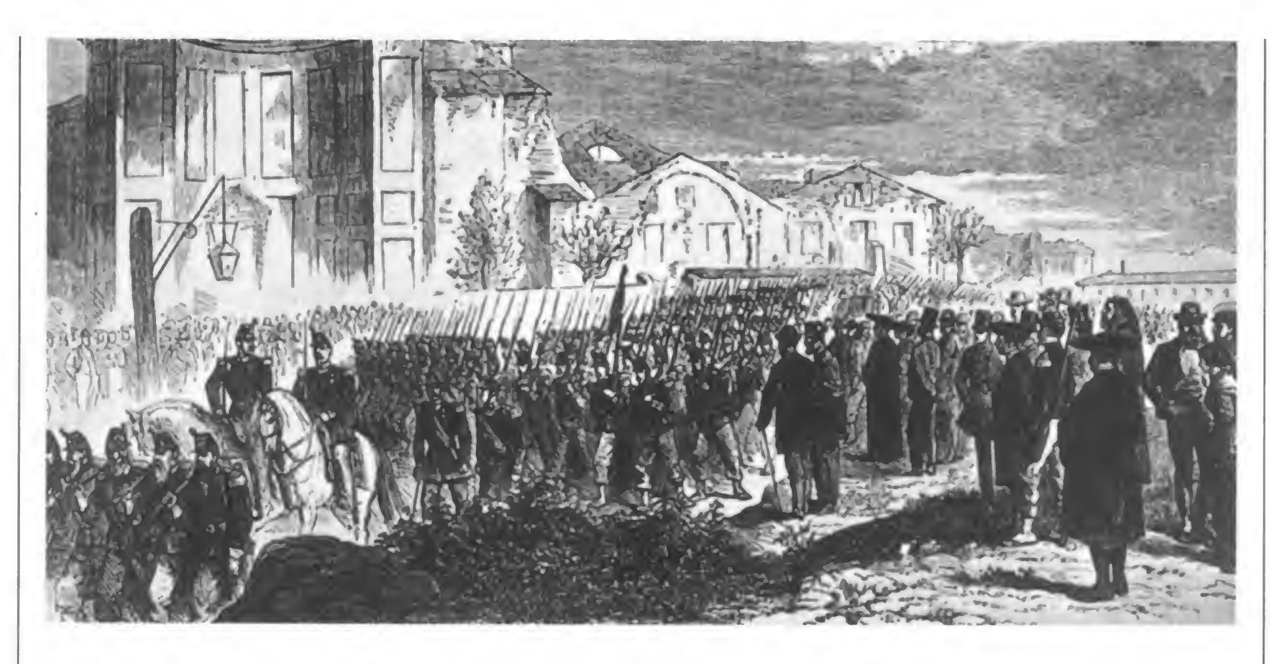


El triunfo de los mazzinianos en Roma, donde convocaron una Asamblea Constituyente, atrajo hacia la Ciudad Eterna la atención de los patriotas de toda la península. Dos eran los proyectos unificadores barajados por los republicanos. El del toscano Montanelli, que proponía la reunión en Roma de una Asamblea Nacional Constituyente, de la que saliera una República unitaria que reemprendiera la guerra con Austria, y el más moderado del piamontés Gioberti, partidario de la constitución de una Dieta federal de los Estados italianos.

Celebradas las elecciones a la Asamblea Constituyente en los Estados Pontificios, la mayoría demócrata de la Cámara proclamó, el 9 de febrero de 1849, el fin del poder temporal del Papado y el nacimiento de la República Romana. El acontecimiento despertó enormes resonancias en Italia. En Toscana estalló un movimiento insurreccional y el gran duque Leopoldo buscó refugio en Austria. El 18 de febrero se proclamó la república y un ilusionado Mazzini acudió a Florencia para dirigirla. Desde principios de marzo, el líder republicano presidió la República Romana, en la que impuso un programa radical: libertad de comercio y de empresa, reparto de las grandes propiedades, fin de la servidumbre campesina, etcétera. El movimiento democrático era tan pujante que el propio Carlos Alberto de Piamonte se vio impelido a romper el armisticio con Austria y encabezar una nueva guerra de liberación nacional.

Pero la situación cambiaba rápidamente en Europa. El triunfo de la reacción en Francia, Alemania y Austria aislaba a los radicales italianos. Pronto, la Corte vienesa estuvo en condiciones de reforzar las tropas de Radetzky en el Norte de la península. A los doce días de la ruptura de las hostilidades, en Novara, el ejército sardo fue derrotado. Carlos Alberto tuvo que abdicar en su hijo Víctor Manuel y marchar al exilio. A continuación, los austriacos ocuparon Toscana, que devolvieron al duque Leopoldo, y estrecharon el cerco a Venecia. La Romaña cayó en su poder y se dispusieron a marchar sobre Roma. En el Sur, la Sicilia liberal y autónoma volvía mientras tanto bajo el control napolitano.

Entonces intervinieron los franceses. Ni a Luis Napoleón ni al ministro británico de Exteriores, Palmerston, les interesaba que los austriacos asumieran el control de la península. El



Izquierda, Pío IX y Victor Manuel de Saboya. Arriba, las tropas francesas de Napoleón III penetran en Roma al mando del general Oudinot, el 3 de julio de 1849 (Museo del Risorgimento, Roma)

presidente francés pretendía, además, reforzar su popularidad ante sus compatriotas católicos reponiendo al Papa en su trono. Pero cuando, en 1849, el cuerpo expedicionario del general Oudinot llegó ante los muros de Roma, encontró a los republicanos dispuestos a resistir bajo la dirección militar de Garibaldi.

El asedio duró dos meses, durante los cuales un contingente de tropas españolas desembarcó en Gaeta para auxiliar al Papa. Finalmente, el 3 de julio de 1849, la Asamblea Nacional romana capituló, Mazzini y Garibaldi pudieron escapar, pero la represión sobre los liberales, organizada por el cardenal Antonelli, fue durísima. Mientras los monarcas absolutos recuperaban sus tronos y los austriacos el Lombardo-Véneto, donde Venecia capituló el 22 de agosto, las tropas francesas se establecían en Roma como garantes de la restauración pontificia. El movimiento democrático había sido totalmente derrotado en Italia y la unificación del país se retrasaba una década.

Bibliografía

Cipolla, C. M. (ed.), *Historia económica de la Europa 3. La Revolución industrial.* Barcelona, Ariel, 1979. Claudín, F., *Marx, Engels y la revolución de 1848.* Madrid, Siglo XXI, 1975. Droz, J., *Europa: Restauración y Revolución, 1815-1848.* Madrid, Siglo XXI, 1974. Droz, J., *La formación de la unidad alemana, 1789-1871.* Barcelona, Vicens Vives, 1973. Eyck, F., *The Revolution of 1848-1849.* Edimburgo, Ol. & Boyd, 1972. Gaillard, J. M., y Lespagnol, *Les mutations économiques et sociales au XIX siècle.* París, Nathan, 1984. Gash, N., *Aristocracy and People. Britain, 1815-1865,* Londres, Arnold, 1987. Godechot, J., *Les revolutions de 1848.* París, Albin Michel, 1971. Grenville, J. A. S., *La Europa remodelada, 1848-1878.* Madrid, Siglo XXI, 1979. Holborn, H., *A History of Modern Germany, 1840-1945.* Princeton Univ. Press, 1983. Hobsbawn, E., *Las revoluciones burguesas,* Madrid, Guadarrama, 1964. Jelavich, B., *Modern Austria. Empire & Republic, 1800-1986.* Cambridge Univ. Press, 1987. Jones, P., *The 1848 Revolutions,* Londres, Longman, 1981. Le Youang, J., *1848 en Europe,* París, PUF, 1974. Kann, R., *A History of the Habsburg Empire, 1526-1918.* Univ. of California Press, 1974. Magraw, R., *France 1815-1914. The Bourgeois Century.* Oxford Univ. Press, 1983. Martin, W., *Histoire de la Suisse,* Lausana, Payot, 1980. Palmade, G., *La época de la burguesía.* Madrid, Siglo XXI, 1976. Ponteil, F., *Las revoluciones de 1848,* Madrid, Zyx, 1966. Robertson, P., *The Revolution of 1848: A social History,* Bristol Univ. Press, 1967. Sigmann, J., *1848. Las revoluciones románticas y democráticas de Europa,* Madrid, Siglo XXI, 1967. Vigier, Ph., *La Seconde République,* París, PUF, 1975.


El Corte Inglés